

Lucha de clases o democracia
en la lucha por la justicia

Posturas de los cristianos

El esquema de lucha de clases no lleva a la justicia sino a la destrucción. Al déficit actual de lo público no estatal y a la privatización del Estado sólo se lo supera con la profundización de la democracia. Eso exige que el pueblo se constituya cada vez más en sujeto social, no reduciéndolo a una masa que se mueve masificadamente según las consignas del líder y del aparato del Estado

Pedro Trigo, S.J.

Un horizonte adversativo

Al hacer un balance de lo recorrido por los cristianos latinoamericanos que recibieron el Concilio desde Medellín y Puebla, antes de que se impusiera la época del occidente globalizado y hubiera que reestructurarlo todo, creo que el punto que pide una rectificación más a fondo es el de la lucha de clases. Tal como fue vivido por no pocos militantes cristianos empeñados en la liberación, la ascensión de este horizonte significó que la opción por los pobres no fue preferencial sino excluyente. Significó que se borró del corazón a los ricos y que no se tenía ninguna buena nueva para ellos. Con los ricos también se estigmatizó a las clases medias, la pequeña burguesía, despreciada como vendida a la burguesía.

Hay que reconocer que la lucha de clases existía, y que a medida que avanzaba la década de los sesenta y más en la década siguiente el bloque de poder ya había tomado la decisión de impedir por todos los medios que los de abajo tuvieran más poder (en verdad que tuvieran algún poder) y que se llegara así a un menor desequilibrio, tanto en las reglas de juego (de modo que con una discriminación positiva hacia los que no tenían acceso a los beneficios del sistema se obtuviera un cierto equilibrio en el acceso a los bienes civilizatorios y culturales), como consiguientemente en la posesión de recursos. Esta lucha, más de los de arriba contra los de abajo que viceversa, no paró hasta la imposición de regí-

menes de Seguridad Nacional, evidenciando que las élites latinoamericanas no habían asumido la modernidad y que para ellas lo importante era el orden establecido y no la democracia. Pero bastantes de estos cristianos conscientes de este estado de cosas radicalmente injusto y comprometidos con su transformación no llegaron a superar esta situación sino que se colocaron en una posición meramente antitética. Sólo en la lucha contra los gobiernos militares llegaron a valorar el bien de las libertades democráticas.

En bastantes de estos cristianos se juntó hasta hacer cortocircuito el carácter adversativo del proyecto de restauración de la cristiandad en el que habían nacido con el determinismo histórico y el voluntarismo característicos de la Ilustración socialista. Para el proyecto de restauración de la cristiandad el mundo moderno, levantado en contra de la Iglesia y en último término en contra de Dios o al menos prescindiendo de él, relegándolo a la vida privada (lo mismo que se arrinconaba a la Iglesia a la sacristía), estaba extraviado, se había erigido en ídolo, y por eso no cabía componerse con él ni tolerarlo. El cristiano consecuente debía desenmascarar su pretensión de hacerse dios y el anti-humanismo consiguiente, debía resistir esta dirección suicida y edificar otro mundo, otro orden social, que, al relativizarse para dar lugar a Dios, colocara al ser humano en su debida estatura, en su puesto, en su misión.

Bastantes de estos cristianos latinoamericanos pasaron de este horizonte al de la Ilustración socialista, saltán-

dose el diálogo constructivo con la modernidad, es decir, sin asimilar el discernimiento que llevó a cabo el concilio Vaticano II. Por eso volcaron ese talante adversativo en los moldes del socialismo marxista, más adversativos aún si cabe. Para este socialismo que circulaba por esas décadas en América Latina la burguesía se había convertido en rentista ya que los trabajadores especializados eran los que entendían y manejaban las máquinas y llevaban las fábricas. Esa clase parásita debía ser desterrada de la historia. Es claro que este juicio era doctrinario y no se correspondía con la realidad latinoamericana; de ahí que se intentaran variantes, que sin embargo no modificaron el juicio sumario que hemos expresado.

Déficit democrático

La Ilustración liberal se afincó en la democracia. Ésa fue su mayor contribución a la historia del occidente e incluso a la de la humanidad. Para los cristianos que aceptaron la democracia como una conquista histórica irrenunciable, ya que era una expresión de la dignidad humana, esto significó que la propuesta socialista debía someterse al debate público y en definitiva a la aprobación de las mayorías para que el socialismo tomara el poder. Pero los revolucionarios desconfiaban de la democracia, la juzgaban manipulada; cosa que obviamente era verdad. Pero en vez de profundizarla por un trabajo de concientización en las masas (propuesta de

Frente a la guerra económica e ideológica que hoy existe en contra del pueblo, el arma del pueblo no puede ser sino la palabra que busca comprender la situación y articularse, a través de la que se capacita, con la que se entabla un diálogo con sectores profesionales y con los organismos del Estado.

Paulo Freire asumida por la conferencia episcopal brasileña y por muchos cristianos liberadores en toda América Latina), como también juzgaban, como ilustrados, que las masas no eran susceptibles de una recta comprensión de la realidad y un posicionamiento correcto como sujetos históricos, se lanzaron al cortocircuito de la ideologización sectaria y de la lucha armada para imponer el Estado socialista. Pero incluso cuando, como en el caso de Chile, tomaron el poder por las urnas, no lo ejercieron democráticamente sino desde el esquema de los nuestros-los enemigos, que no es un horizonte democrático. La consecuencia de este modo de relacionarse no fue sólo la fractura de la sociedad (o para ser más exactos, la exacerbación de la oposición que ya existía) sino la división irreconciliable del mismo bloque en el poder.

La abrumadora mayoría de los cristianos de izquierda estuvo en contra de la lucha armada y se mostró respetuosa de la persona humana y sus derechos inviolables. Pero sin embargo sí fue real en bastantes este déficit de democracia que estamos apuntando: no consideraron a la totalidad y ni siquiera a la mayoría de la ciudadanía interesada en este debate y capaz de llevarlo a cabo con solvencia. Si cada clase sólo busca sus propios intereses y los intereses eran antagónicos, nada podía esperarse de los capitalistas en punto a democracia, ya que los intereses de la mayoría les eran objetivamente adversos. Pero tampoco podía considerarse como sujetos a las masas no especializadas: peones del campo, trabajadores por cuenta propia, gente sin oficio determinado, que no militaban en partidos revolucionarios. Por eso con los enemigos sólo cabía la lucha sin cuartel, y con la mayoría del pueblo, la conducción demagógica ya que ellos tampoco entendían la marcha de la historia. Insisto en que estos cristia-

nos por lucha sin cuartel entendieron únicamente tratar de vencerlos absolutamente en la arena política de modo que no tuvieran ningún poder en las instituciones del Estado. No significó de ningún modo, como se acusó maliciosamente, el odio hacia las personas y menos aún la pretensión de eliminarlas físicamente. Más todavía, habría que decir que la abrumadora mayoría de estos cristianos de izquierda no fueron estatistas, lo que significó que sí concedían un espacio en el nuevo Estado a la empresa privada y por tanto a los capitalistas como tales. Aunque habría que reconocer que no sólo se sentía hacia ellos una desafección (muy justificada en la mayoría de los casos) sino que para no experimentar hacia ellos sentimientos que la conciencia desechaba, se los borró del mundo de vida. Y sobre todo que cristianamente no se tenía para ellos ninguna buena nueva. Sólo, la mala noticia de que Dios reprobaba el mundo que habían edificado (cosa que era cierto, como lo reconocieron sin ambages los documentos eclesíásticos de la época); pero no existía la buena nueva de que, si se convertían, si contribuían a reestructurar el orden social, sí tenían cabida estable en él como clase, es decir, con sus ganancias.

De la posesión de la verdad a la estigmatización del enemigo

Es patente que hubo un fallo garrafal en el juicio histórico sobre el talante rentista del capitalismo, no sólo en Marx (cosa hasta cierto punto comprensible ya que las innovaciones de la industria textil inglesa que él detalla en *El Capital* fueron debidas al sentido práctico y no a la innovación científico-técnica) sino sobre todo en sus seguidores, que no supieron ver cómo cada vez más la innovación que motorizaba al capitalismo derivaba de la unión de ciencia y técnica con el

capital y que incluso cada vez se destinaba más capital a la investigación hasta llegar a la fase actual en la que, algo exageradamente, se establece que el capital es la capacidad científico-técnica que posee una sociedad.

Pero en lo que me quiero centrar es en la deficiencia de humanidad que significa el déficit de democracia de que adoleció la mayoría de la izquierda latinoamericana. Este déficit tuvo dos fuentes. La primera fue la que apuntamos arriba: el no comprender lo que son adversarios políticos y procesar los conflictos en el esquema amigo-enemigo. Este esquema formal entraña falta radical de ética ya que suprime al otro. Pero para suprimirlo sin que la conciencia salte es imprescindible demonizarlo previamente. El enemigo es intrínsecamente ciego y perverso, es un ser visceralmente egoísta que no tiene redención. De ahí se concluye en la práctica que no es sujeto de derechos. Otro modo de suprimirlo más aséptico por más objetivado es el dictamen pretendidamente científico de que es una clase parasitaria. En esta versión más elaborada no se emitía ningún juicio sobre los capitalistas como seres privados. Eso estaba fuera del horizonte de la confrontación. Pero como componentes de una clase que ha perdido su función histórica, y sin embargo, se aferra al poder no tienen derechos porque no aportan; y, como quitan a otros lo debido, deben ser desalojados de sus privilegios injustos.

La segunda fuente del déficit de democracia es que pensaban que tenían la verdad y que los otros no la tenían. No estaban jugando el mismo juego. Unos están de espaldas a la historia mientras que otros marchan de frente con ella. En esas condiciones sólo cabe alinearse en el bando que conduce al futuro. Absolutizar la revolución entrañaba sacralizar lo que llevara a ella y descartar lo demás. Por eso no se creía en las leyes ni en la

constitución: ésa era una democracia formal, ya que los derechos se proclamaban pero no tenían vigencia; la democracia respetable era la democracia real, la que se instauraría tras la victoria. Por eso a los enemigos de clase se les puede decir una cosa y hacer otra para así ganar tiempo y neutralizarlos. Lo contrario, respecto de los nuestros: hay que inhibir la crítica sobre los compañeros como tales, es decir, en su desempeño político, para no dar armas al enemigo; incluso por la misma razón hay que tapar las inconsecuencias en la vida privada.

Una característica del régimen de restauración de la cristiandad es la firme convicción de estar en posesión de la verdad. Los cristianos que pasaron de este proyecto pastoral al de liberación sin asumir el talante conciliar conservaron intocada, incluso acrecentada, la seguridad doctrinaria. Con esta seguridad se dejaba al margen el análisis histórico y al moverse en la ideología se incurría en errores de bulto en la percepción de la realidad y se medían las personas según su relación con la doctrina profesada.

La izquierda democrática

Hay que decir que ya en el año 69 un grupo de marxistas venezolanos superó (al menos en principio, no así muchos tics concretos que como malformaciones se habían adherido inconscientemente y que llevó mucho más tiempo quitarlos) este horizonte adversativo, al percatarse de que los horrores de la represión al socialismo humanista de Checoslovaquia obedecían a una lógica perversa: la de la sacralización del Partido y sus dictados, y consiguientemente la abolición de la historia y de los seres humanos como sus hacedores. La recuperación de la primacía de los seres humanos concretos llevó también a la desacralización de la fase socialista. Si todo

era ir de algo más malo que bueno a algo más bueno que malo, desaparecían las instancias absolutizadas y se instauraba el horizonte de lo relativo y con él el de la política y el de la democracia. Si el objetivo era relativo, también lo eran las organizaciones que conducían a él. El partido se desacralizaba. Y consiguientemente los opositores perdían también su connotación absolutamente negativa. Ahora eran sólo adversarios. Si ya no se poseía una verdad dogmatizada, la verdad relativa de uno entraba en concurrencia con las de los demás. Se abría así el debate y la composición. Eso no significa que todo diera lo mismo. Se defendía con ardor lo propio; pero para poder hacerlo, había que refinarlo constantemente con el análisis y el debate, en el que los enemigos eran tan decisivos para la clarificación como los compañeros.

Al relativizarse el proyecto histórico e incluso la utopía, se abría el camino para absolutizar a la persona, es decir, a cada persona, a todas las personas. Esto implicaba que ninguna podía ser excluida del debate, que no sólo todas tenían derecho a participar, sino que había que estimular la participación para que lo que incumba a todos sea discutido y decidido por todos. Y para eso, la dirección de democratizar la información para que así todos podamos discutir con todas las cartas sobre la mesa.

Parecidos análisis se hicieron en otros países latinoamericanos, sobre todo conforme avanzaba la década de los setenta.

También hubo bastantes cristianos de izquierda que por ese mismo tiempo caminaron en esta misma dirección, en parte estimulados por esos compañeros con los que entablaron una relación fecunda, en parte desde las fuentes cristianas. Un elemento fundamental fue el descubrimiento de que el mesianismo de Jesús de Nazaret no fue político ya que no sólo rehu-

yó resueltamente el uso de la fuerza armada, sino que descartó también la toma del poder y su gerencia. Su misión fue resueltamente pública, pero no política. Esto no significa ninguna descalificación de la política. Era más bien devolverla al ámbito de lo relativo, que no podía ni sacralizarse ni demonizarse, que no se justificaba por su origen sino exclusivamente por su desempeño, y que tenía que realizarse, como todo lo humano, por ensayo y error, con la deliberación ponderada de todos los ciudadanos. Era la democracia, no sólo como sistema político sino como el método, digamos la cultura, de todo lo público, de todo lo relacional.

Superación de la relación ilustrada con el pueblo y lucha por la subjetualidad popular

La aceptación de la cultura de la democracia fue mucho más natural en aquellos cristianos que ya la habían ejercido al apostar solidariamente por la sociedad a la que pertenecían, siguiendo el impulso del concilio Vaticano II. Es lo que se llamó por los años del Concilio encarnarse. Hacerse cargo de la sociedad y encargarse de lo que les concernía suponía una actitud de simpatía que entrañaba tomar en cuenta las razones de cada persona y grupo social. Pablo VI había insistido en que para los cristianos el amor se expresaba como responsabilidad, y al ejercerla apareció que la responsabilidad, cuando se libera de prejuicios ilustrados que la deforman, toma la forma de la corresponsabilidad. Así la vivieron estos cristianos en América Latina en los múltiples campos de la cultura y de la vida social.

Quiero insistir en que para estos cristianos la democracia se expresó antes en la vida cotidiana, en la sociedad civil y en los grupos pastorales, que en la esfera política. La causa fue sobre todo lo secuestrada que estaba

la política por el clientelismo populista con el apoyo de los medios masivos de difusión, y las pocas oportunidades que había para democratizar la política. Además a estos cristianos que con gran alegría pero también dificultad habían salido del ghetto de la cultura católica que se expresó en una institucionalización paralela y que habían entrado lealmente a participar en el único tejido social, les costó tener que adversar a otros grupos, denunciar públicamente y oponerse estructuralmente. La conclusión de que la institucionalización vigente era violenta (la violencia institucionalizada de que habló Medellín siguiendo a la *Populorum Progressio*) les agarró a desmano de su orientación afirmativa. Se metieron por ese camino por el amor entrañable a las grandes mayorías, ya que al tomar contacto sistemático con ellas comprobaron que eran víctimas de un estado de cosas que estaba cada vez más en función de las minorías privilegiadas, es decir, que anteponía resueltamente el orden establecido a la democracia. Como en este contacto con el pueblo fueron superando la relación ilustrada, no pretendieron mantener con él una relación clientelar sino que creciera en su capacidad de juicio y gestión, en su condición de sujeto social, tanto en la Iglesia, como en la sociedad.

Desgraciadamente conforme estos cristianos iban avanzando en su convencimiento de que a este sistema sólo se lo puede ir superando con una profundización democrática, más dejaban los partidos de mediar a la ciudadanía y se ponían de espaldas a ella viviendo sólo para sus intereses. Hubo algunos países en donde surgieron algunos partidos modernos con los que fue posible entablar una sinergia; pero en otros o no hubo esa novedad o esos partidos fueron reabsorbidos por la práctica política tradicional clientelar y en fase involutiva.

Además en bastantes países latinoamericanos (entre los cuales Venezuela) en ese mismo tiempo se produjo un proceso desnacionalizador: muchos empresarios pasaron a ser rentistas y las corporaciones transnacionales se adueñaron de casi todo.

En estas condiciones en las que no había ni cauces ni condiciones de posibilidad de alternativas a corto o mediano plazo estos cristianos siguieron apostando a la mayoría de edad del pueblo y a su organización, empezando por el nivel local, y a lograr alianzas entre estos sectores populares y profesionales, y a propiciar que se instauraran relaciones de corresponsabilidad entre el pueblo organizado y el Estado. Todo esto, en contra de la dirección dominante de esta figura histórica que deshumaniza a los que entregan a ella y excluye a las mayorías; pero afincándose en sus bienes culturales: en la democracia, los derechos humanos y la cultura de la vida. Apoyándose también en bienes culturales del sujeto popular. Pero sin sacralizar ninguna alternativa. Sin tener tampoco a nadie como enemigo que hay que suprimir. Considerando a los que sustentan posturas contrarias como adversarios con los que hay que sentarse a dialogar porque ellos son parte del país como nosotros, porque nosotros queremos también el bien de ellos, y porque nos parece que a ellos les conviene embarcarse en un proyecto más biófilo, más ecuménico, más complejo, que se haga cargo de más vectores de la realidad y de todos los sujetos que la integramos.

La coyuntura presente

Este recuento de las deficiencias de la izquierda en estas décadas de América Latina y más en concreto del horizonte de lucha de clases tal como fue vivido y del modo como fue asumido este horizonte por no pocos cris-

tianos que apostaron por la liberación desde sus propias fuentes cristianas es el telón de fondo para entender los términos del debate actual. El horizonte englobante, que es el que pauta la dirección dominante de esta figura histórica, viene marcado por el vaciamiento de la democracia, ya que la política ha sido secuestrada por las corporaciones transnacionales. El que el capital, sobre todo los grandes inversionistas, tenga todos los derechos y ninguno el trabajo y el que se dé una exclusión tan pavorosa son expresiones fehacientes de que la lucha de clases, en este caso de los de arriba contra los de abajo, se ejerce con toda su virulencia. Como la maximización de las ganancias es un vector absoluto, se relativiza a las personas hasta el grado de desconocer a las mayorías de la humanidad. Esta institucionalización es extremadamente violenta ya que desquicia completamente a la realidad.

En nuestro país los sectores que están dando la pauta hoy en el gobierno pretenden superar esta situación con el mismo planteamiento de lucha de clases: el Estado es del pueblo y los que lo adversan están en contra del pueblo. Es cierto que nunca le había ido peor al pueblo en la Venezuela contemporánea y que eso ha tenido mucho que ver con la privatización de la política secuestrada por los partidos y con la retirada de un sector muy significativo de la burguesía a lo privado. Pero el esquema de lucha de clases no lleva a la justicia sino a la destrucción. Al déficit actual de lo público no estatal y a la privatización del Estado sólo se lo supera con la profundización de la democracia. Eso exige que el pueblo se constituya cada vez más en sujeto social, no reduciéndolo a una masa que se mueve masificadamente según las consignas del líder y del aparato del Estado. Esto requiere que el Esta-

do asuma como tarea suya el empeño por alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base, y no coaptarlas todas de modo que desaparezcan las organizaciones de base y sólo queden organizaciones estatales. Así no crece el pueblo. Así crece el Estado a costa del pueblo que dice representar. Así se fanatiza al pueblo. Frente a la guerra económica e ideológica que hoy existe en contra del pueblo, el arma del pueblo no puede ser sino la palabra que busca comprender la situación y articularse, a través de la que se capacita, con la que se entabla un diálogo con sectores profesionales y con los organismos del Estado.

Hay un déficit básico de democracia en todos los sectores del país. Y los mecanismos actualmente en marcha no han hecho sino agravarlo. En la coyuntura en que nos encontramos no basta una democracia meramente procedimental. Es imprescindible una aspiración real a un mínimo de vida compartida, es decir, a constituir un cuerpo social poniendo en común desde los impuestos hasta la discusión pública de una agenda básica y su aprobación consensuada, la elección de órganos realmente representativos y la participación en su gestión.

Para que los católicos podamos contribuir constructiva y sustancialmente a la constitución de ese nosotros público es imprescindible que asumamos el espíritu y la estructura del concilio Vaticano II, cuya propuesta fundamental, la encarnación, implica aceptarse como parte de ese cuerpo social de tal modo que no se aspire a una salvación al margen de la del conjunto, ligando el destino privado con el público, poniendo la felicidad propia en la contribución a la felicidad de los demás y privilegiando en ese todo social a los de abajo, entendien-

do que su desarrollo humano no es el rebalse de la riqueza de los de arriba sino que debe ser acometido expresamente como el primer objetivo nacional, ya que el bien de los de abajo es el bien del conjunto. Mientras no asumamos el Concilio, como cristianos fluctuaremos entre la moralidad privada y el abandono de lo colectivo y la búsqueda sectaria de la justicia al margen de la dignidad humana.

Pedro Trigo, S.J.

Teólogo

Miembro del Consejo de SIC